

NOMINADA A LOS PREMIOS HUGO Y NOMMO



LA MASCARADA NOCTURNA

NNEDI OKORAFOR

TRADUCIDO POR CARLA BATALLER ESTRUCH

Binti, que había vuelto a su planeta pensando que el conflicto entre medusas y khoush había concluido, verá cómo las llamas de una vieja rivalidad se avivan de nuevo, amenazando también la existencia misma de su pueblo y su familia.

Lejos de su hogar cuando comienza la batalla, Binti viajará a contrarreloj entre las dunas, acompañada de Mwinyi, un misterioso portavoz de los enyi zinariya, con la intención de encontrar y salvar a su familia y a Okwu, y de usar su conocimiento de maestra armonizadora para alcanzar, una vez más, la paz en la galaxia.

Dedicado a aquellas personas que no deberían ver a la Mascarada Nocturna, pero que, aun así, la ven. Tened valor para responder a la Llamada a la Aventura.

CAPÍTULO UNO

EXTRATERRESTRES

Empezó con una pesadilla...

—Aún no podemos salir —me dijo mi padre, asustado. Tenía una mirada turbada y nerviosa. Se hallaba bajo tierra. Estábamos en el sótano de la Raíz, la casa familiar. Estábamos todos. Cubiertos de polvo, tosiendo por el humo. Pero solo mi padre me miraba.

—¿Qué le pasa a papá? ¿Qué hace con las manos? —preguntó mi hermana pequeña Peraan entre toses, con una voz cargada de miedo.

Mi perspectiva retrocedió y entonces vi lo que ocurría. Mi familia estaba atrapada allí. Mi padre, dos de mis tíos, una de mis tías, tres de mis hermanas, dos de mis hermanos. También vi a varios vecinos. ¿Por qué estaban allí, para empezar? Se apiñaban en el centro de la sala, agarrándose envolviéndose en sus velos para intentar esconderse, llorando, lágrimas fluyendo por el ojizpe, rezando, tratando de pedir ayuda con los astrolabios. Manojos de pasto dentado, pilas de ñames, sacos con semillas de calabaza, dátiles secos y envases con especias se amontonaban en las esquinas. El humo se filtraba por el techo y las paredes fibrosas del sótano. El viejo dron de seguridad, que había dejado

de funcionar antes de que yo naciera, seguía en un rincón cubierto por una esterilla de mimbre.

—¿Dónde está mamá? —pregunté. Y luego exigí—: ¡¿Dónde está MAMÁ?! No la veo, papá.

—Pero las paredes no protegerán —dijo mi padre. Noté la presión de sus fuertes manos cuando me agarró. No parecían artríticas en absoluto—. La Raíz es la raíz. No nos pasará nada. Quédate donde estás. —Cuando acercó su rostro al mío, las palabras aparecieron ante mis ojos. Rojas como la sangre—. Porque te están buscando a ti.

—¿Dónde está mamá? —repetí, esta vez moviendo las manos en mi pesadilla, mientras usaba con torpeza la zinariya, la tecnología alienígena activada en mi ADN.

Pero, de repente, me vi en la oscuridad, a solas con mis palabras, que flotaban delante de mí como espíritus rojos del desierto. «¿Dónde está mamá?». Sin embargo el sonido de cientos de medusas vibrando me llenó la cabeza y se extendió hasta las profundidades de mi carne. Carcajadas. De enfado. También percibí expectativa.

—Lo van a pagar, Binti —retumbó una voz en el idioma de las medusas. Pero no era Okwu. ¿Dónde estaba Okwu?...

Me desperté ante el universo. En el desierto, el cielo nocturno brillaba con intensidad gracias a las estrellas. Tenía casi la misma claridad que cuando *Pez Tercero* viajaba hacia y desde la Tierra. Alcé la mirada, escuchando, viendo y con ecuaciones químicas susurrándome como humo. Había estado ramificando mientras dormía. Mala señal. No lo había hecho ni cuando estuve en *Pez Tercero* después de que las medusas mataran a todo el mundo menos a mí. Me costaba mucho adaptarme a la zinariya. No era un simple sueño sobre mi familia: era un mensaje que mi padre había envia-

do mediante la zinariya. Como no había podido despertarme del todo antes de recibirlo, mi mente había ramificado para protegerme de esa tensión.

Después de salir a camello del poblado unas horas antes, Mwinyi y yo nos habíamos detenido para descansar. Me había tumbado en la tienda que Mwinyi había montado, mientras él se iba a dar un paseo. Estaba muy cansada, asustada por mi familia y abrumada. Notaba que todo lo que me rodeaba estaba fuera de lugar. Intentar dormir no había sido buena idea.

—Hogar —susurré, restregándome la cara—. Tengo que... —Miré al cielo—. ¿Qué es esto?

Una de las estrellas caía hacia mí. La zinariya de nuevo.

—Detente, por favor. Ya basta.

Pero no se detuvo. No. Siguió cayendo. Tenía más cosas que contarme, tanto si estaba lista como si no. Su luz dorada se expandió mientras descendía; su avance uniforme me tenía tan hipnotizada que no ramifiqué. Cuando llegó a unos metros por encima de donde estaba yo, explotó en una lluvia de luminosidad. Cayó sobre mí como las patas doradas de una araña gigante y entonces la zinariya me hizo recordar cosas que nunca me habían ocurrido.



Recordé cuando...

Kande estaba lavando los platos. Se sentía agotada y tenía que estudiar más, pero sus hermanos gemelos pequeños habían querido un tentempié nocturno de maíz tostado y cacahuetes y se habían dejado los dichosos platos. No entendía cómo podían comer algo así de pesado tan tarde, aunque sabía que sus padres no se quejarían. Por eso, con

seis años, estaban tan rollizos. Sus padres nunca se quejaban de sus hermanos. Aun así, si Kande dejaba los platos para la mañana siguiente, acudirían hormigas. Era una noche húmeda, por lo que sabía que también acudirían otros bichejos. Sintió un escalofrío: odiaba todos los tipos de escarabajo.

Terminó con los platos y se quedó mirando durante un momento el fregadero vacío. Se secó las manos y agarró su teléfono móvil. Ya eran las once. Si se concentraba, podría aprovechar una hora para estudiar bien y luego dormir cinco. En su último año de instituto, era la sexta de su clase. No sabía si bastaría para que la aceptaran en la Universidad de Ibadán, pero tenía toda la intención de averiguarlo.

Se metió el teléfono en el bolsillo de la falda y apagó la luz. Luego salió al pasillo y se paró un momento a escuchar. Sus padres veían la televisión en su cuarto y la luz en la habitación de sus hermanos estaba apagada. Bien. Se dio la vuelta y fue de puntillas hasta la parte delantera de la casa, abrió la puerta sin hacer ruido y se escabulló fuera. Era una noche fría; distinguía el desierto abierto justo detrás de las últimas casas del pueblo.

Kande se apoyó en un lateral de la casa mientras sacaba un paquete de cigarrillos del bolsillo. Extrajo uno con una sacudida, se lo puso entre los labios y sacó una cerilla. La prendió con la uña de su dedo pulgar y luego se encendió el cigarrillo. Inhaló el humo y, al exhalarlo, sintió que todos sus problemas se alejaban flotando con él: el rostro feo del hombre con el que, según sus padres, estaba ya prometida; el dinero que necesitaba para comprarse un uniforme para el grupo de baile de su instituto; si Tanko aún la quería después de descubrir que estaba prometida con otro.

Tomó otra calada del cigarrillo y sonrió mientras se relajaba. Su padre se pondría furioso y le daría una paliza si descubría que tenía un hábito tan asqueroso. Su madre se lamentaría y diría que ningún hombre la querría si no empezaba a comportarse, que era demasiado mayor para re-

belarse. Kande estaba mirando el desierto mientras pensaba en todo eso y, cuando los vio, creyó que su cerebro intentaba distraerla de oscuros pensamientos.

Ya estaban a una casa de distancia antes de que ella se moviera. Sabía que ya la habían visto. Altos, como palmeras humanas, pero sin ser humanas. Hasta con la luz de la luna vio que eran de oro. Oro puro y brillante. No eran humanos. Pero tenían piernas. Brazos. Cuerpos. Largos y esbeltos como árboles. Caminaban despacio hacia ella al amparo de la noche. No había ninguna persona lo bastante tonta como para estar fuera a esas horas. Solo ella.

Kande no lo sabía pero todo dependía de esos momentos después de que los viera. De lo que hizo. El destino de su gente estaba en sus manos. Alzó la mirada hacia los extraterrestres que se veían a sí mismos como un único ser, pero aceptaron el nombre de «zinariya» (que significaba «oro») que los humanos les dieron y...



Me caí de la rama. Mwinyi me estaba sacudiendo. Ráfagas de arena y polvo me golpearon la cara cuando me giré hacia él y tosí con fuerza.

—¡Binti! ¡Venga! ¡Sal de ahí!

Al principio, vi todas las cosas que me rodeaban como las sumas de ecuaciones, números dividiéndose, desplegándose, desmoronándose, rotando, todos en armonía. Mis ojos se centraron en el cuerpo alto y larguirucho de Mwinyi; su caftán y sus pantalones, azules como Okwu, se agitaban en el viento arenoso. Los granos de arena volaban fingiendo caos, pero cada uno formaba un arco cuya trayectoria coincidía con los que le rodeaban. Sacudí la cabe-

za para intentar volver en mí misma. Tenía la boca abierta y escupí arena.

Me crispé cuando la rabia entró volando en mí como una explosión. «¡Mi familia!», pensé desesperada. «¡Mi familia!». Antes de que pudiera gritárselo a Mwinyi... vi a Okwu flotando detrás de él. Abrí los ojos de par en par y me quedé boquiabierta de nuevo. Y entonces Okwu desapareció. Detrás de Mwinyi había unos perros pequeños, flacos y con el pelaje rojizo; corrían sin ton ni son girando la cabeza hacia un lado y hacia otro. Noté que uno me tocaba la cara con su nariz negra y fría, olfateando. Soltó un ladrido muy cerca de mi oreja. Los licaones corrían a nuestro alrededor, al menos hasta donde me alcanzaba la vista, que solo era a unos pocos metros de distancia. Nuestra camella, Rakumi, bramaba con angustia. Ahora estaba viendo palabras, porque Mwinyi, desesperado, intentaba alcanzarme con la zinariya.

Las palabras verdes flotantes decían: «Tormenta de arena. Jauría de licaones. Relájate. Agarra la silla de Rakumi, Binti».

No suelo seguir órdenes, pero hay momentos en que solo puedes seguirlas. Y, una vez más, me rendí. En esa ocasión era ante Mwinyi, un chico a quien había conocido solo unos días antes, oriundo de un pueblo al que me había pasado toda la vida llamando bárbaro y que ahora sabía que no lo era, el pueblo de mi padre, mi pueblo.

Me rompía y rompía y, en ese momento, seguí a Mwinyi. Él nos condujo fuera de la tormenta de arena.



El sol se abrió paso.

El aire despejó la arena.

Dejamos atrás la tormenta.

Suspiré, aliviada. Y entonces el peso del silencio repentino hizo que se me doblaran las piernas y me hundí en el suelo junto a las pezuñas de nuestra camella, Rakumi. Aprenté la mejilla en la arena y su calidez me sorprendió. Allí me tumbé, mirando cómo se retiraba la tormenta. Parecía una gran bestia marrón que había decidido marcharse, cuando en realidad solo viajaba en otra dirección. Revolviéndose, agitándose y girando por donde habíamos venido. Hacia el poblado de los enyi zinariya. Lejos de mi familia moribunda o incluso muerta.

Alcé las manos débilmente y las moví despacio, escribiendo en el aire. Los múltiples nombres de mi padre. Moaogo Dambu Kaipka Okechukwu. Intenté enviarlos. Pero no se iban. Giré la cabeza en la arena, sintiendo los granos incrustándose en mis *okuoko* cubiertos de *otjize*: tentáculos azules con capas y capas de arcilla roja y, ahora, arena. Intenté llamar a Okwu. Intenté alcanzarla. Intenté tocarla con mi mente igual que hice unos días antes. De nuevo, nada.

Y entonces me eché a llorar, mientras el mundo a mi alrededor empezaba a hacer eso de expandirse, algo que llevaba haciendo desde que salimos de la caverna de la Ariya hacía un día. Como si todo se volviera más y más y más grande, aunque seguía siendo igual. Mwinyi dijo que solo era mi cuerpo ajustándose a la tecnología zinariya que la Ariya había desbloqueado en mi interior, pero ¿qué más daba? No lo mejoraba. La sensación era tan desagradable que notaba sin cesar que la Tierra iba a lanzarme al espacio en cualquier momento.

Cerré los ojos y fue como si cayera de nuevo. En mi otra pesadilla. La pesadilla del año pasado. Ahora volvía a estar en *Pez Tercero*, sentada en la mesa del comedor. Podía saborear el postre lechoso en mi boca. Tenía el *edan* en mi mano, la extraña bola dorada dentro del caparazón de me-

tal en forma de cubo estrellado; estaba entero de nuevo. Y yo miraba a Heru, el chico guapo que se había fijado en que me trenzaba el pelo cubierto de *otjize* en un diseño triangular teselado que plasmaba mi legado. Su cabello negro granito le caía por encima de uno de sus ojos mientras reía. Me miró, y yo le sonreí. Y entonces su pecho estalló y su sangre caliente me salpicó la cara y yo hui a mi interior, temblando, gritando en silencio, rompiéndome. Todos estaban muertos.

El comedor se volvió rojo, hasta el aire adquirió un matiz rojizo. Allí estaba Okwu, detrás de Heru. Oí la sangre mientras saboreaba el dulce del postre de leche en mi boca. Todos estaban muertos. Yo tenía que sobrevivir. Me levanté despacio, aferrando el *edan* en mi mano, y cuando me giré no vi a una medusa, sino a mi familia acurrucada en las entrañas de la Raíz. En la gran sala de abajo, donde guardábamos la comida y los suministros.

El olor a sangre se convirtió en humo. Pasé de una pesadilla a otra. Mi mirada recayó primero en mi hermana mayor, que se echó a gritar en una esquina cuando su pelo largo, larguísimo, empezó a arder. Tosí y miré frenética a mi alrededor mientras esperaba el olor a quemado de mi propia piel, porque las llamas consumían toda la habitación. Ahora mi familia me rodeaba: mi padre, hermanos, hermanas, varios primos, tías, tíos, sobrinas, sobrinos, gritando, tambaleándose, agotándose, quietos mientras ardían. Todos ardían, vivos o ya muertos.

Solté un gemido, sentía la piel demasiado caliente. «Dejadme morir a mí también», pensé, esperando, ansiando que la quemazón se intensificara. «Mi familia». Pero, en vez de eso, el fuego que consumía a mi familia paró de mordirme y disminuyó. Se tranquilizó. Ya no apestaba a carne quemada. El fuego olía ahora a bosque y su centro parecía un montón de rubís brillantes. Todo onduló y, cuando se asentó, las cosas tenían un aspecto más real, no estaban teñidas de rojo, eran tan sólidas y claras que podía tocar el

suelo seco debajo de mí, calentarme la mano en el fuego que tenía delante.

Sentí a lo lejos que mis *okuoko* se retorcían de ira. Estiré la mano para agarrarlos, tranquilizar su serpenteo. Todo aquello me desconcertaba. Acababa de salir de los *flashbacks* de las muertes de mis amigos y familiares y ahora la *zindariya* me obligaba a ver el pasado de nuevo...



El anciano se llamaba Pillaunbuensitio. Estaba de pie delante de otros cinco ancianos, con una fina pipa entre los labios. Su humo era dulzón y espeso y, cuando se mezclaba con el del fuego, el resultado era horrible.

—La niña es imbécil —dijo Pillaunbuensitio—. Kande es una de esas chicas que seguirían a un león con una sonrisa bonita, aunque las matara.

Todos los hombres del grupo rieron y asintieron.

—No, no pondremos a la comunidad en mano de una chica. ¿Cómo nos verían los demás?

—Pero acudieron a ella primero —dijo un hombre alto, con las piernas largas cruzadas—. Y, seamos sinceros, si esas cosas se hubieran acercado a uno de nosotros, ¿qué habríamos hecho? ¿Huir? ¿Desmayarnos? ¿Intentar dispararles? No sé cómo, pero la chica ha aprendido a hablar con ellos y se ha ganado su confianza.

—Mirad qué caro le ha salido —intervino la única mujer del grupo—. Parece poseída, ve cosas que no existen.

—Mi nieto dijo que le han puesto internet alienígena en el cerebro —añadió otro anciano.

Hubo más risas quedas.

Pillaunbuensitio frunció mucho el ceño.

—Eso ahora no importa —espetó—. El Corán dice que debemos ser amables y abiertos con los extranjeros. Démosles la bienvenida. La niña nos presentará y luego nos haremos cargo nosotros.

—¿Los habéis visto? —preguntó otro hombre—. Son preciosos, sobre todo al sol.

—Y seguramente valdrán millones si los partimos en monedas —señaló otro.

Carcajadas.

—Estos zinariya son extraterrestres —dijo Pillaunbuensitio—. Iremos con cuidado.

Era como si estuviera sentada con los hombres y la mujer. Escuchándoles hablar sobre los zinariya. Un movimiento detrás de unos arbustos secos llamó mi atención, y estuve segura de que vi a alguien retroceder despacio y luego echar a correr.

—Kande —dijo una voz de mujer. Procedía de todas—. Actuó bien, para ser una niña a la que le gustaba fumar.

Fruncí el ceño, con gana de detener aquel disparate y gritar: «¡¿Qué tiene que ver lo de fumar con los extraterrestres?!». Pero entonces vi algo que rebotaba dentro del círculo de gente. Una bola roja gigante. Desapareció en los remolinos de polvo y luego aterrizó de nuevo en el suelo. Rodó hasta mí y se aplanó; tenía la forma de un botón rojo parecido a un caramelo, incrustado en la arena.

Lo miré fijamente.

«Púlsalo». Las palabras aparecieron delante de mí en un verde pulcro y luego se desvanecieron como humo. Mwinyi me hablaba a través de la zinariya.

Apreté el botón con el puño sin sentir apenas su dureza. Oí un sutil y satisfactorio clic. Todo se quedó tranquilo. Nada, excepto el sonido de la brisa suave cruzando el desierto. Apoye la frente en la arena, llorando otra vez.

—¿Puedes levantarte? —preguntó Mwinyi mientras se arrodillaba a mi lado—. ¿Ha parado?

Alcé la cabeza y lo miré. Su cabello espeso de color marrón rojizo estaba recubierto de arena y la larga rasta que le crecía en la nuca tocaba el suelo junto a mi rodilla, recogiendo más arena. El mundo detrás de él, el cielo azul, el sol, empezó a expandirse de nuevo. Aunque no fue tan horrible como antes, ni estaba viendo la muerte de todos mis seres queridos. Pero sabía que estaba ahí.

Abrí la boca para gritar:

—¡Todo el mundo está muerto! —Rodé de costado, hundiendo el otro lado de la cabeza en la arena. Con la cara contra el suelo, sintiendo su calidez en mi piel y echando arena por la boca, aullé—: ¡¡¡¡MI FAMILIA!!!! ¡MUERO! ¡TODO ESTÁ MUERTO! ¡¿POR QUÉ SIGO VIVA?! ¡OOOOOOH! —Lloré y lloré, acurrucada y con los ojos cerrados. Sentí que Mwinyi apretaba una mano sobre mi hombro.

—Binti —dijo—. Tu familia...

—¡NO! ¡DÉJAME EN PAZ!

Oí que chasqueaba la lengua con rabia. Y luego seguramente se marcharía.

No sé cuánto tiempo me dejó allí pero, cuando me empujó para sentarme, me sentía demasiado derrotada para enfrentarme a él. Me hundí allí, con el ardiente sol cayendo a plomo sobre mis hombros.

Mwinyi se sentó delante de mí, con cara de enfado.

—Ya no tengo un hogar —dije. Noté que los *okuoko* se retorcían en mi cabeza.

—Ah, ahí está la medusa que hay en ti.

—Soy *himba* —espeté.

—Binti, es posible que estén vivos —dijo Mwinyi—. En el poblado, tu abuela se comunicó con tu padre en Osemba.

Lo fulminé con la mirada, temblando mientras intentaba retener el fogonazo de rabia que me atravesó. No pude, y brotó como el gas de la medusas.

—Los vi atrapados... ¡LOS VI! —grité—. ¡Olí cómo se quemaban!

—Binti. ¡Acuérdate de que te acaban de desbloquear! Y tienes sangre de medusa. Te he oído gimotear mientras dormías hablando sobre lo que ocurrió el año pasado en la nave. Estamos en el desierto, cansados y lejos de tu hogar. Estás confundida. Algunas cosas que ves son comunicación, otras seguramente sea la zinariya enseñándote algo que quiera que sepas, pero también hay una de delirios, pesadillas.

Alcé una mano para que callara y descansé la barbilla en el pecho; me sentía muy agotada. Las lágrimas brotaron de mis ojos. Todo lo que había visto parecía muy real.

—No sé nada —dije en voz baja.

Noté que Mwinyi me miraba.

—Tu padre dijo que los khoush vinieron a por Okwu. No saben lo que pasó.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Tu abuela y tu padre. Como seguro que sabrás, tu Okwu contiene un pequeño ejército en su interior. Tu familia se refugió en la Raíz cuando el enfrentamiento empezó.

—Así que *están* en el sótano —musité—. Esa parte es cierta.

—Sí.

Tuve que procesar la idea de que mi padre había hablado con mi abuela a través de la zinariya.

—¿Cuándo? —pregunté—. ¿Cuándo habló con ella?

—Justo después de que te desbloquearan.

—Justo después sentí que Okwu estaba en problemas. Así que mi padre podría estar...

—No lo sé, Binti. No lo sabemos. A veces, cuando la zinariya se comunica, no tiene en cuenta el tiempo. Ahora lo averiguaremos.

—Podrías habérmelo dicho hace horas.

Mwinyi guardó silencio un momento, con un mohín en los labios.